

Política

ARISTÓTELES. TRADUCCIÓN, ESTUDIO PRELIMINAR Y NOTAS DE GABRIEL LIVOV. BERNAL (2015).
Universidad Nacional de Quilmes y Prometeo libros, 504 páginas.



Pedro López Barja de Quiroga

Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Santiago de Compostela

Traducir la *Política* produce un cierto vértigo ante la tarea que supone enfrentarse a una obra vertida a tantas lenguas –desde que la tradujo al latín Guillermo de Moerbeke en el siglo XIII- y sobre la que se han ido amontonando varios siglos de exégesis, comentarios y discusiones. La mejor manera de hacerlo es la que ha adoptado Guillermo Livov, esto es, no desde una neutralidad tramposa, que sólo sirve para oscurecer el texto, sino desde una inequívoca toma de postura, que nos explica en las cien páginas de su excelente “estudio preliminar”. Tres ideas esenciales constituyen su armazón: la *Política* no es actual; en segundo lugar, es ajena, por así decirlo, a su propio tiempo; y, en tercer lugar, es inconexa. Seguramente, no es ésta la presentación más seductora que se le puede hacer a un lector que no conozca la obra de Aristóteles –inactual, ajena, inconexa-, pero Livov tiene razón. Veamos cada una de estas tres ideas por separado.

Las múltiples deficiencias del texto aristotélico, sus digresiones irritantes, el carácter aporético de ciertos párrafos, las promesas incumplidas, todo ello ha dado pie a interpretaciones genetistas que, de una forma o de otra, consideran que no estamos ante una obra terminada, es decir, que Aristóteles nunca la pensó como un todo coherente y organizado. Es verdad que parte de culpa puede achacarse a una tradición manuscrita muy deficiente y tardía, que en su mayor parte no se remonta más allá del siglo XV (incidentalmente señalemos que esta es una cuestión que tal vez podría haberse indicado en el estudio preliminar, muy brevemente y no por afán erudito, sino como aviso al lector). A juicio de Livov, se trata de materiales diversos, en los que su autor estuvo trabajando a lo largo de su vida. Esta conclusión no le lleva a adoptar posiciones genetistas radicales como la de W. Jaeger o, peor aún, la de alguno de sus discípulos, convencidos como están de que es posible datar con cierta precisión casi cada capítulo de la *Política*. Sin embargo, siguiendo a E. Schütrumpf en su detallado análisis, considera que no estamos ante una obra diseñada y elaborada como tal por Aristóteles, con un enfoque unitario; sugiere que pudo haber sido Andrónico de Rodas, casi tres siglos después de la muerte de Aristóteles, quien reuniese en un conjunto único piezas originariamente separadas y las agrupase bajo el ambiguo título de “libros sobre política”. En concreto, considera

que debemos distinguir dos comienzos alternativos de dos investigaciones inacabadas (los libros I y III), junto a dos bloques separados (los libros IV-VI, por una parte, y, los libros VII y VIII, por otra, que son los dedicados al régimen ideal con un estudio preliminar –el libro II- de las propuestas que se habían realizado en esa línea). Asigna incluso una fecha a cada uno de estas “investigaciones”: I y III (entre el 366 y el 347 a.C.); II, VII y VIII (348-345 a.C.); IV-VI (336-323 a.C.). Esta conclusión no le lleva a alterar el orden tradicional de los libros, pues señala, con acierto, que “el cambio de estructura que se logra anteponiendo los libros VII y VIII al libro IV no mejora la situación del conjunto, dado que la transición del libro VIII al IV es aún más abrupta que la que media entre el III y el IV” (p.23). En suma, Livov defiende una postura genetista, pero distinta de la reconstrucción jaegeriana, según la cual Aristóteles se habría ido progresivamente alejando de su maestro, por la muy sencilla razón de que, para Livov, como para Schütrumpf, Aristóteles nunca se alejó realmente de Platón. Con claridad meridiana apunta Livov su “convicción de que la presencia de Platón resulta constante a lo largo de las páginas políticas aristotélicas” (p.86 n.130). Sus conclusiones, por tanto, no se fundamentan en la contraposición, querida por Jaeger, entre un Aristóteles más joven, plenamente adscrito a la teoría platónica de las Ideas y otro más maduro, que reflexionaba desde sus propios postulados. Al contrario, las distintas etapas que él nos sugiere se apoyan en un análisis esencialmente interno de la obra, en la ausencia de referencias internas entre unas partes y otras, y en la coherencia de ciertos contenidos.

En segundo lugar, como quedó dicho, la *Política* es ajena a su tiempo. Ni las menciones a la *pambasileía* le parecen a Livov referidas a Macedonia ni las críticas a la democracia radical guardan relación alguna con la Atenas del siglo IV, ni tampoco las distintas clases de democracia que establece el estagirita tienen nada que ver con la evolución constitucional ateniense. No hay, en suma, en Aristóteles una defensa del imperialismo macedónico –tal como algunos autores hemos defendido- ni tampoco una clara opción por una forma constitucional concreta. Así pues, Aristóteles abraza la *pólis* y da la espalda a la nueva realidad surgida tras Queronea. Esto desemboca en una paradoja que Livov no esconde: la obra fundacional del pensamiento político, una

obra que dedica una gran atención al estudio de las constituciones, a partir del análisis detallado y previo de un buen número de ellas, no es ni más ni menos que “un anacronismo” (p.51). Aristóteles estaba estudiando una realidad ya desaparecida en su tiempo, sin que él pareciera siquiera advertirlo.

Por último, la *Política* no es actual. Ya sabemos que “el pasado es un país extranjero. Allí las cosas se hacen de otra manera” (L.P. Hartley), pero cuando traducimos corremos el riesgo de que el lector lea el texto con los ojos del presente, que crea erróneamente que entiende el texto sólo porque está escrito en castellano. Ciertamente, Livov no ahorra esfuerzos por mostrar cuán extraña debe resultarnos a nosotros la *Política*, cuán alejada de nuestros propios significados, a modo de una saludable advertencia al lector que debe saber, desde el comienzo, que las palabras que usamos son tramposas, porque la realidad política de nuestro tiempo guarda escaso parecido con la que conoció Aristóteles. La lista de diferencias importantes, que Livov enumera, es larga: Estado, representación, revolución, economía, libertad, constitución, ciudadanía..., todas estas palabras designan realidades ignoradas para Aristóteles. Sin embargo, los teóricos de la política han encontrado la forma de saltar por encima de las diferencias y servirse de Aristóteles, si cabe decirlo así, para los problemas de su propia época. Es verdad que su obra pasó más bien desapercibida a lo largo de la Antigüedad y buena parte de la Edad Media, pero desde su descubrimiento en el siglo XIII, su influencia no ha dejado de crecer. Livov sostiene que menguó a partir de Maquiavelo, hasta su rehabilitación definitiva a partir de Hegel, aunque J. Pocock, en *El momento maquiavélico*, ha insistido en el vínculo estrecho que liga el “animal político” con el *vivere civile*: para el florentino, el hombre sólo puede alcanzar su plenitud, su verdadero ser, participando en la vida política, una exigencia que está en la raíz del pensamiento republicano y que entronca directamente con el estagirita. Con breves y seguros trazos, en los que se trasluce su formación como profesor de filosofía política en la UBA, describe Livov la buena fortuna de Aristóteles a lo largo del siglo XX, un siglo particularmente interesado en dejarse influir por Aristóteles.

Armado con este bagaje –y sin pasar por alto la cuidada selección bibliográfica que cierra el “estudio preliminar (pp.97-113)–, el lector puede iniciar ya la lectura de la *Política*. Las notas a pie de página que acompañan al texto no se detienen demasiado en cuestiones de *realia*, aunque nada falta de lo fundamental para orientar al lector, sino que se preocupan sobre todo por señalar

las referencias, explícitas o implícitas, a otras obras de Aristóteles, y también las que cabe establecer con las platónicas. Aquí, siguiendo a Schütrumpf, es donde se muestra más original, porque como ya vimos la presencia de Platón en todos los libros de la *Política* es, para Livov, mucho más tangible y relevante de lo que los comentaristas han venido reconociendo hasta ahora. Así, el análisis temático de las diversas constituciones (libros IV-VI) lo toma Aristóteles “especialmente del *Fedro* y del *Político* de Platón” (p.277 n.1). De modo semejante, toda la última parte del libro III (los capítulos 12 a 18) pueden leerse como una respuesta al *Político* de Platón (p.34 y p.251 n.81). Incluso el criterio que distingue a los regímenes desviados, esto es, actuar en beneficio del gobernante y no de la entera comunidad, remite al célebre que expuso Trasímaco en Plat. *Rep.* 1,338e, sólo que “Aristóteles lo restringe a las constituciones desviadas, que no son *todos* los regímenes (como quiere el sofista)” (p.238 n.55). La diferencia no es menor, ciertamente. Éstos son sólo algunos ejemplos de cómo, en las sucesivas notas, Livov va dejando constancia de la presencia del maestro en la obra de su discípulo más célebre.

La traducción sigue el texto de W.D. Ross, salvo algunas excepciones, indicadas en nota. Es precisa y cuando es necesario, para mostrar el juego de palabras que hay en el griego, se transcriben entre paréntesis las palabras para ayuda del lector (así, en III,2, sobre los *lariseos*). Ya en el estudio preliminar nos advierte Livov de algunas de las elecciones difíciles por las que ha optado, como en las diferentes versiones de *politeía*: “constitución”, “régimen político”, “ciudadanía”, y, por fin, “república” (pp.91-93). No es habitual que los traductores muestren tan abiertamente sus cartas, pues suelen preferir relegar a las notas la explicación de los diversos sentidos y acepciones de cada palabra difícil. Debo confesar que me parece acertada esta decisión de Livov, entre otras cosas porque viene a subrayar también el carácter “desesperadamente ajeno” del estagirita. En el texto se nos indican las divisiones por capítulos –no, en cambio, las subdivisiones dentro de cada capítulo–, así como también la correspondencia con las páginas de la edición de Bekker, indicada aquí no sólo por columnas (a y b) sino también cada cinco líneas.

Quien quiera conocer el pensamiento político de Aristóteles no debe pasar por alto la aportación notable que supone esta nueva traducción, que será útil también, por su claridad, a quienes quieran llevar a cabo únicamente un primer acercamiento a la obra del pensador de Estagira.